

¿Cuál madurez para la vida de pareja?¹

Luca Balugani²

Pintar el amor de pareja en términos demasiados «maduros» termina por degradarlo. Se piensa que el amor maduro sea armonía, entendimiento, encuentro afectuoso de caracteres. El cristiano, además, debería ser la apoteosis. Cuando se quiere bien al otro no hay necesidad de explicarse, basta -de hecho- quererse bien, es decir un encontrarse entusiasta y una disponibilidad mutua sin confines. Es tan lindo pensar en estos términos (no solamente por parte de los enamorados) que la ceguera vence a la realidad: si la realidad rechaza la presunta telepatía, no importa porque el imaginario colectivo prefiere sacarla de la consciencia. Si ella insiste y hace notar que existe, entonces el mito se rompe y no queda más que concluir «todavía nos queremos, pero el amor se terminó». Una madurez tan segura y precisa hace tanto bien al corazón... que lo mata.

¡Las cosas no son así! No porque el amor real sea más prosaico sino porque es más bello. En la relación total hay más. La madurez de una pareja no es como un orquesta bien dirigida, en la que ninguna nota y ningún instrumento están fuera de lugar. Es un cuadro impresionista, en el que no todas las pinceladas (miradas de cerca) son elegantes y coherentes, sino que adquieren sentido en el conjunto del paisaje.

Así, al menos, se puede deducir de las teorías post-freudianas que están bajo el nombre de teorías de la relación objetal. El autor en el que me inspiro es Otto Kernberg, particularmente importante porque indaga lo que sucede dentro de la persona cuando ésta (el «Sí mismo») se pone en relación con un tú («objeto») particularmente significativo³. Entre otras cosas, sucede que el Sí mismo se hace una «representación interna» del objeto, la que incluye el tipo de relación que el Sí mismo establecerá con el objeto (por tanto, una representación

1 Traducción: Fátima Godiño, para el curso de Supervisión / Acompañamiento Psico Espiritual, UCUDAL, 2011.

2 Psicólogo del Centro di Consulenza familiare y Director del Colegio Universitario S. Carlos, Modena.

3 El lector interesado en el itinerario histórico e intelectual de dicha teoría, puede referirse a O.F. Kernberg, *Mondo interno e realta' esterna*, Bollati Boringheri, Torino 1985, pp 9-114 o (más sintético) O. F. Kernberg, *Teoria della relazione oggettuale e clinica psicoanalitica*, Bollati Boringheri, Torino 1980, pp 105-130. NdT: las mencionadas obras también se encuentra traducidas al español.

interna madura seguirá más fácilmente una relación madura). Pero, advierte Kernberg, la madurez de la representación no es ciertamente aquella dulce mencionada al inicio.

Representación interior del tú

Antes que relacionarse con el otro real, todo individuo entra en relación con las representaciones que se hace del otro. Es más, dichas representaciones influyen los comportamientos, en el sentido que yo me relaciono con el otro a partir de cómo yo lo percibo y me lo represento. Aplicado a la vida de pareja, esto quiere decir que en cada una de sus actividades no solamente están presentes y activos los dos compañeros de carne y hueso, sino también la imagen que cada uno tiene del otro. El abrazo, la pelea, la caricia, la decisión no ocurren solamente a nivel «real», sino se abrazan, pelean, se acarician y deciden también las representaciones internas de cada uno.

Mario siempre fue de vacaciones al mar con su familia. Isabel, en cambio, a la montaña. Cuando eran novios no habían tenido vacaciones juntos: un poco por prohibición familiar, un poco para no renunciar a las respectivas compañías de amigos. Ahora, casados, organizan las vacaciones. Mario tiene más libertad de movimiento para elegir la fecha. Isabel puede disponer solamente de tres semanas determinadas por su empresa y necesariamente en agosto. Por los costos de la alta temporada se pueden permitir sólo una semana de hotel (tienen un alquiler para pagar). Mario, que siempre fue al mar, propone la montaña. Al mar irán el año próximo. Isabel no logra entender y por un par de días queda desorientada por la propuesta de Mario: el principio de la alternancia funciona, sin embargo no lo ve claro. Algo le atormenta el cerebro y se enfría con Mario. Por algún motivo que no logra precisar, tiene la sensación de encontrarse en un dilema familiar que no le pertenece. Finalmente, después de 3-4 días, logra decirle a Mario que no está dicho que tengan que seguir el principio de alternancia: «Somos una nueva familia y podemos iniciar una nueva tradición: ¿por que no nos vamos a Londres?».

Mario supone que Isabel se apega a la montaña de la misma forma como él se apegó al mar: por tradición familiar. La cosa que molesta a Isabel es que Mario, con la propuesta de la alternancia, demuestra (según ella) permanecer apegado a las tradiciones de la familia de origen, y pensar (según él) que también ella tenga el mismo apego. Para ella, en cambio, el problema sobre dónde transcurrir las vacaciones es secundario en relación al «vestido» que él le ha confeccionado. Está desorientada, no por el lugar que hay que elegir sino porque (según ella) se siente interpretada de una forma distinta a lo que es. El punto es que Mario no está hablando con Isabel, sino con la imagen que él si hizo de ella; y haciendo así pierde la ocasión de abrirse a un criterio nuevo sobre el cual fundar su vida familiar. Su mujer no es solamente la que él se imagina sino que tiene otros lados menos conocidos. Pero también ella, si no verifica si Mario está aún verdaderamente vinculado a las tradiciones de familia, con el tiempo lo percibirá como un mamón.

Tener representaciones interiores (aún distorsionadas) del tú no es patológico, sino que es una constante de toda relación y, aún más, de las relaciones de pareja. El elemento crucial es la capacidad de comparar las representaciones con la realidad ofrecida por el otro. Es evidente que para poder hacerlo, es necesario haber desarrollado una madurez en el campo de las relaciones objetales y dicha madurez es previa respecto a la relación de pareja.

La situación inmadura

Si uno de los compañeros está aún parado (o ha tenido una regresión) en uno de los primeros estadios del desarrollo objetal, donde aún es fuerte la escisión, tenderá a considerarse a sí mismo y al otro en términos totalmente positivos y totalmente negativos.

De hecho, la escisión es el mecanismo que disocia, es decir mantiene separados y alternativamente activos los diversos elementos que caracterizan al Sí mismo y al objeto. Una especie de interruptor por el cual los elementos buenos/malos, atractivos/repelentes, bonitos/feos del Sí mismo y del objeto se acercan si poderse integrarse entre sí. Esta falta de integración (o capacidad sintética) hará que la representación del otro oscile entre el tú visto como la encarnación del hombre/mujer perfecto/a y el mismo tú visto como fuente de la propia infelicidad, ahora el amante romántico, ahora un devorador de la diversidad, en la incapacidad de conciliar los sentimientos de ternura con aquellos sadomasoquistas, de atracción y repulsión, amor/odio, búsqueda/fuga,...

Idealizar al otro (típico del enamorado) es un poco esto: escindir. Parece garantía para un futuro de amor y dedicación total, en realidad pone los fundamentos para fuertes desilusiones: no porque el otro improvisamente se haya vuelto malo, sino porque la idealización no sabe integrar lo positivo y lo negativo. Las características negativas, tanto personales como del compañero, continúan existiendo pero no pueden ser englobadas, con la conclusión que el objeto tan idealizado, justo por esto, será rechazado. Por un misterioso destino humano, cada uno coloca las premisas para privarse de lo que más ama y de lo que es más amado...

Acoger al otro por lo que es, en su totalidad de claro/oscuro, es una condición indispensable para amarlo en lo concreto, y no porque responde a las necesidades del amante o reaviva relaciones transferenciales pasadas.

Cuando la relación es con el otro-en-su-totalidad, el Sí mismo es estimulado y provocado a salir de sí mismo⁴. Es de esta forma que el amante

4 Cfr. C. Bresciani, *Personalismo e morale sessuale. Aspetti teologici e psicologici*, Marietti, Torino, 1983, pp 183-184.

hace don de sí mismo al otro y no a sí mismo, aún si siempre permanecen necesidades auto-referenciales que llevarán a deformar, al menos parcialmente, la propia imagen y la de los otros. En nuestro ejemplo, si Mario es una persona inmadura, no logrará comprender plenamente el punto de vista de Isabel: es la comprensión empática que falta. A las palabra de Isabel, Mario podría reaccionar en una forma muy agresiva o podría abdicar a su propia idea sin captar realmente la nueva perspectiva de pareja que su esposa le está presentando.

El amor maduro es ambivalente

«El alcance de la capacidad de ponerse profundamente en relación con el propio Sí mismo y con los otros me ha parecido el pre-requisito básico de una relación madura y duradera entre dos personas que se aman. Pero he sido obligado a concluir que la madurez afectiva no garantiza por sí misma que la pareja permanecerá estable y libre de conflictos. La misma capacidad de amar y de apreciar realísticamente -y evaluar- a otra persona en el transcurso de los años, y el ser vinculado a los valores y a las experiencias de una vida vivida juntos, pueden consolidar la realización o llevar a su conclusión»⁵.

El autor, a partir de la experiencia clínica, evidencia cómo la patología y la inmadurez no son las únicas que provocan el fin de una relación. Preguntándose qué sea lo que provoque la disolución de una relación, es reductivo pensar que la única causa sea solamente la madurez. En toda relación, aún en aquella entre personas maduras, permanece presente una ambivalencia, un amor-odio que puede provocar la interrupción de la relación. Pero, al mismo tiempo, esta ambivalencia representa también una oportunidad para reforzar la relación de amor.

Si engañamos a los amantes afirmando que el amor quita toda ambivalencia, la ambivalencia quitará el amor. Un ideal de amor oblativo, don puro al otro, además de ofrecer una representación solamente buena de sí mismo y por lo tanto no correspondiente a la realidad, substraer espacio al amor por parte del otro. Exaltar al «amor don» significaría rozar el narcisismo, desde el momento que falta el «amor necesidad».

Para mejor darnos cuenta de la ambivalencia del amor maduro y de su rol positivo recorreremos, en grandes líneas, las etapas de la maduración sexual según Kernberg.

Excitación sexual

En el origen de la atracción hombre/mujer está sobre todo el componente biológico, es decir un adecuado nivel de andrógenos. Ya en esta activación biológica entran en juego fantasías, recuerdos, deseos y estímulos, que activan el

5 O.F. Kernberg, *Mondo interno e realta' esterna*, cit., p 259.

sistema límbico que a su vez actúa sobre zonas erógenas (por ejemplo, los genitales) dando lugar a la excitación. Este proceso comprende componentes fisiológicos, neurovegetativos, afectivos, cognitivos, y es llamado por Kernberg «excitación sexual», que se reduce a las emociones primarias (como la cólera, el entusiasmo, la tristeza,...), sino que se acerca más a los afectos complejos (como el orgullo, la culpa, la vergüenza...) Ya en este nivel se ve cómo el impulso es más que un impulso, no simple libidinoso o grito de llamada sino un esbozo embrionario de una relación más variada.

Deseo erótico

La excitación hace parte de un fenómeno psicológico más complejo, el «deseo erótico», donde la excitación sexual se vincula a una relación emotiva con un objeto específico. La diferencia entre excitación y deseo erótico está que en la simple excitación, el otro es «objeto parcial» (por tanto no percibido en su totalidad) y con ello se mira a una unión parecida a las experiencias de fusión que habían caracterizado los primeros estadios infantiles. En cambio el deseo erótico implica una mayor elaboración en el campo de las relaciones objetales: el otro es más respetado en su alteridad y totalidad (aún si no en forma completa) y específica (diverso, por tanto, de otros tú y con los que no es intercambiable).

Amor sexual maduro

A este punto la excitación sexual, ya desarrollada en deseo erótico, lleva a una relación objetal que reactiva relaciones inconsciente del pasado con connotaciones aún fusionales pero también con expectativas conscientes de una vida futura de a dos y un nuevo ideal común del Yo. Por esto, «el amor sexual maduro exige un compromiso en el reino del sexo, de las emociones y de los valores»⁶. No tenemos que imaginar este camino evolutivo como progresivo empuje o pérdida de los elementos libidinales en favor de aquellos superiores o espirituales. Cuanto más el enamoramiento se transforma en amor maduro, más subentran elementos de agresividad y diferenciación. La madurez se enriquece de la ambivalencia, mientras la idealización mantiene solamente los elementos placenteros y conserva un carácter unilateral.

Características del amor sexual maduro y su ambivalencia

La mencionada ambivalencia aparece aún más claramente cuando vemos los elementos que según Kernberg caracterizan la sexualidad madura:

- Se busca el placer en la otra persona y no en sí mismo, por lo que sus fuentes se vuelven el deseo de intimidad, reciprocidad, intercambio, superación de ciertas barreras. Al deseo lo acompañan fantasías de incorporar y de ser incorporados, que no necesariamente corresponden a

6 O.F. Kernberg, *Relazioni d'amore. Normalita' e patologia*. Raffaello Cortina Editore, Milano 1995, p 18.

feminidad y masculinidad.

- Procurar placer al otro es sentido como placentero en sí mismo: se trata del agradable sentir que el propio amor ha suscitado en el otro una respuesta amorosa y hace nacer una especie de fusión, por lo cual es como si, temporalmente, las barreras sexuales fueran derribadas y se pudiera pertenecer contemporáneamente a ambos sexos. El hombre percibe el placer de la mujer y viceversa; la envidia por el sexo opuesto es superada; se recibe confirmación de saber responder a las expectativas del compañero. En esta intimidad, la identidad personal no desaparece sino que se conserva: intereses, deseos, sensibilidad y defectos del compañero no toman el lugar de los propios, sino que son tratados con la misma importancia. Manteniéndose la consciencia de ser sí mismo, se da la oportunidad de trascenderse e identificarse con el otro⁷.
- La superación de un cierto pudor para dejar espacio a una intimidad transgresora. Por ejemplo, el deseo de transgredir las convenciones sociales que protegen la intimidad (el cuerpo desnudo), pero también transgresiones en relación al mismo compañero (la seducción implica un ofrecerse y un retirarse que es fruto y causa de una placentera e intrigante agresividad). En la experiencia sexual no entra solamente la *libido*, sino también la agresividad, en el hecho por ejemplo de penetrar y ser penetrados, y en el dolor consiguiente. Pero la presencia de agresividad es tolerada porque está inserta en una relación amorosa que contiene los aspectos destructivos. El sufrimiento provocado por la agresividad puede volverse ocasión de lucha reivindicativa pero también de superación de los confines personales del Yo: «en el placer como en el dolor, existe la búsqueda de una experiencia afectiva tan intensa que borra temporalmente los confines del Sí mismo, una experiencia que pueda dar a la vida un profundo significado, una trascendencia que une la implicación sexual al éxtasis religioso, una experiencia de libertad que va más allá de las amarras de la vida cotidiana»⁸.
- La idealización del otro a partir de su cuerpo. Para Kernberg esta idealización «anatómica» es un elemento crucial para que se de la integración entre ternura y erotismo. El otro es aquel/aquella que interpreta y encarna los ideales del Yo, a partir de los estéticos hasta el más rico sistema personal de valores.

Los dos elementos que siguen refieren más directamente a la ambivalencia:

7 Esta observación no pertenece solamente a una perspectiva psicológica. De hecho, F. Cuzzocrea, *L'amore sponsale nell'antropologia di Giovanni Paolo II*, en «La Famiglia», (211) 2002, p. 61, evidencia que vivir la vida conyugal realizando la unidad de dos «significa para el hombre donar la propia masculinidad a la mujer acogiendo, como propia, su feminidad» y viceversa.

8 O.F. Kernberg, *Relazioni d'amore. Normalita' e patologia*. Cit. p. 28.

- Deseo de seducir y ser seducidos: la seducción dice revelarse y cubrirse. El revelarse (no solamente en sentido físico, sino también relacional) seduce solamente cuando conserva el misterio. Es fascinante lo que es descubierto poco a poco y que se mantiene reservado. Cuando algo es inmediatamente comprensible y no conserva ningún carácter simbólico, se vuelve banal. Esto vale también para la relación de pareja: cuando los compañeros creen conocerse totalmente, no se gustan y no se fascinan más. La seducción ocurre cuando se confía a la promesa de un compartir no realizado totalmente, sino por la cual se está recíprocamente comprometidos.
- Alternancia entre deseo de exclusividad y de huir de la excesiva intimidad. Abrir las puertas al otro y a su afecto, hacerlo importante no significa simplemente ofrecerle un poco de espacio en la propia vida, sino entregarle «las llaves de casa». Si por una parte da placer porque la soledad se vuelve habitada, por otra parte se deja de ser dueños indiscutibles de las propias elecciones. Las relaciones objetales íntimas incluyen aspectos afectuosos y tiernos, pero también auto-defensa y rechazo. Al tú le es concedido el poder entrar e interferir con la propia vida, pero contemporáneamente se agrega un cerrojo que se abre desde adentro, para afirmar quién es el dueño de casa. Y así la intimidad ofrecida representa un punto de partida, pero es también siempre algo a conquistar y a re-ofrecer.

Con una mano se da y con la otra se retiene. La intimidad lleva a salir de sí mismo, pero los propios confines también se reafirman, de lo contrario se pierda la propia identidad. El miedo de perder al amado/a instiga ciertos celos, su belleza puede volverse causa de envidia. Mario puede advertir que Isabel ha sido mucho más inteligente que él en interpretar el matrimonio. O puede sufrir mucho dándose cuenta que su retrato de Isabel es muy lejano a la realidad. También Isabel podría vivir cierta desilusión en relación a su marido, preguntándose si conoce verdaderamente al hombre con el que se ha casado.

Un análisis más detallado y profundo de la relación de pareja desmiente visiones demasiado pacíficas. Por suerte!. Esto es más respetuoso de la realidad, pero también más respetuoso de la belleza del amor. Poner la fuente del propio placer ya no más en sí mismo sino en el otro sin ser envidiosos de su alegría, es una riqueza notable, pero por ella «se deben vender muchos bienes». Acoger con admiración los valores del compañero y dialogar sobre ellos, a cambio de continuar cada uno por el propio camino exige una gran pasión por el bien. Aceptar el lento camino de la seducción renunciando al «todo ya» y reabrir continuamente el cerrojo de la propia intimidad pone las bases para un largo camino juntos.

Una nota sobre la agresividad

Dejando para otra ocasión la interpretación que Kernberg hace de la agresividad en la propia vida de pareja⁹, es interesante para nuestro tema el rol que él le confía en la vida de pareja.

La agresividad es intentar de inducir en el otro comportamientos que nos son familiares, vengarse por cuanto sufrido en el pasado, sentirse frustrados por la pérdida, irritarse con el descubrimiento del otro real respecto a la idealización de la luna de miel, temer de no ser un compañero ideal, fantasear un tercero mejor... Sobre este punto, la agresividad es una de las mayores amenazas a la estabilidad de la pareja.

Al mismo tiempo, una relación privada de agresividad arriesga de caer en el aburrimiento, porque, como hemos ya visto, el concederse y el retirarse no provocan solamente hostilidad, sino también el fuerte deseo del compañero. Por tanto, una pareja sin agresividad es una pareja sin pasión y futuro. Superar los límites del yo y trascenderse no abre a la ruta de la telepatía sino a la lucha de la diversidad y por tanto, a la pasión por una posible síntesis.

El lugar en el que el afecto y la agresividad pueden conciliarse es aquel de la ternura. Ternura, entendida como capacidad de preocuparse por la otra persona no solamente por la amabilidad percibida en el otro sino por el reconocimiento de los impulsos destructivos, propios y de los otros. Más técnicamente, ella tiene origen en la integración de las representaciones positivas y negativas del otro, por lo que el preocuparse de la otra persona no nace solamente del deseo de fusión con ella, sino también del tentativo de reparar la inevitable agresividad que se activa en la relación. Es justo por causa de la falta de esta capacidad de empatía con el otro que el narcisismo patológico hace fallar la relación.

Creo no traicionar el pensamiento de Kernberg si aquí entreveo una interesante pista pedagógica. Detrás de la violencia en familia no existen solamente periferias deshumanizadas, padres borrachos o madres con múltiples convivencias. Está la cultura pacífica y más «burguesa» de las representaciones objetales como informaciones para respetar antes que verificar, expectativas para seguir antes que purificar, la cultura bastante narcisista de la presunta correspondencia entre expectativas personales como derechos a exigir y la vida práctica que tiene el deber de respetarlos. Cuando la realidad llama a la puerta, los alumnos de esta extraña escuela caen al piso y no les queda más que dar pataletas con rabia en el suelo. No sabiendo cómo hacer para ser agresivos no queda más que ser violentos. Familiarizarse con la agresividad es una razón más para decir, otra vez, que una visión idílica y endulzada de la relación de pareja no solamente no corresponde a la realidad, sino que le quita la fuerza que nace cuando se pueden acoger las fuerzas agresivas para que la intimidad pueda sobrevivir a ellas.

Ello daría no poca confianza a la pareja.

⁹ Se lo puede encontrar en *Ibid.*, pp 93-95.

Para saber más

El desarrollo de las representaciones internas

Después del primer mes de vida, en el infante se inician a organizar representaciones interiores que toman como base y protegen la relación entre él y otras personas particularmente significativas (en forma especial, la madre). Los primeros afectos tienen una naturaleza intensa y particularmente abrumadora, y se diferencian dos tipos de representaciones: las organizadas alrededor de un *objeto interno bueno* (que recoge las experiencias de tipo positivo) y aquellas de valencia negativa que constituyen un *objeto malo*. Los dos tipos de representaciones se mantienen completamente separadas con un fin defensivo, porque el niño no soportaría la angustia que el mismo objeto pueda ser tan gratificante como frustrante. Estas primerísimas imágenes de Sí mismo y del objeto no se diferencian entre sí: el niño no logra percibirse como otro en relación a la madre, no sabe «entender» dónde termina su yo y donde inicia el de la madre; por tanto el primer tipo de diferenciación que se delinea en el niño es aquella entre bueno y malo, y no entre Sí mismo y no Sí mismo.

El pasaje sucesivo ve el inicio de la diferenciación entre representación de Sí mismo y representación del objeto: la demarcación Sí mismo-objeto comienza a volverse siempre más nítida y reconocible. Pero esta mayor claridad no implica que las representaciones buenas y malas sean integradas entre sí: los objetos externos son siempre objetos parciales y pueden ser buenos o malos. Un ejemplo de esta representación doble y escindida es la *angustia del octavo mes* referido por Spitz: la madre representa un objeto parcial bueno, mientras los extraños son objetos parciales malos de los cuales se debe proteger. Por lo que se refiere al Sí mismo, es preservado fundamentalmente como bueno, y sobre todo sucede que todas las representaciones internas malas son expulsadas al exterior. El mecanismo defensivo más significativo de esta fase es la de la escisión, una especie de interrupción por la que las representaciones de los objetos son, ahora totalmente positivas, ahora totalmente negativas. El otro mecanismo significativo es de la proyección, usado especialmente para proteger al Sí mismo de los elementos malos. La proyección es un mecanismo defensivo con el que los aspectos desagradables son mantenidos fuera de la propia consciencia, pero no negados sino atribuidos a los objetos externos.

La progresiva madurez del Yo, junto a las repetidas experiencias con las figuras significativas hacen siempre más difícil el mantenimiento de la escisión: las dos representaciones (objeto interno positivo y aquel negativo anteriormente proyectado afuera y mantenido escindido) se colocan juntas en el tentativo de formarse una representación más total (y menos unidireccional) de sí mismo y del objeto. La tensión entre las imágenes contradictorias genera agresividad hacia el objeto y un consecuente sentido de culpa: el niño se da cuenta de características negativas de la madre y de sí mismo y sufre por ello; al mismo tiempo, este sufrimiento le ofrece una representación más comprensiva y total de ella y de sí mismo. Para reparar los sentidos de culpa suscitados, surgen representaciones ideales del Sí mismo y del objeto (precursores de la formación de una consciencia moral) que podrían ser de demasiado rígidas y punitivas, generando un conflicto en la persona. Kernberg

identifica en este conflicto las raíces de la neurosis. No es dicho que el niño logre la integración de las dos representaciones: si el mecanismo de la escisión se refuerza (y el ambiente puede promoverlo) las representaciones del Sí mismo y del objeto permanecen monopolizadas por impulsos a la agresividad o a la dependencia, impidiendo a quien las tiene de poder comprender a fondo al otro, de delimitar con claridad los confines del Sí mismo y por tanto de tener una identidad personal y una relación constante.

El último estadio es para nuestro autor el de la integración entre los ideales del Sí mismo y el Yo, es decir entre lo que uno quiere llegar a ser y lo que es. La confrontación entre las representaciones internas y las experiencias reales con las otras personas confiere fronteras siempre más precisas y estables no solamente a las representaciones que nos hacemos de los objetos, sino también a la identidad personal. Mientras la persona es capaz de representarse al otro en forma siempre más total, logra también definir con mayor claridad quién es, gracias a una relación siempre más total y real. Esto facilita una mejor relación entre Yo y consciencia moral o, en otro términos, entre las características actuales de la persona y sus ideales, entre lo que es y lo que desea llegar a ser, ella y en relación de amor con los otros.